

GENTE VIEJA



ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

Información de GENTE VIEJA

Materia periodística.

I

Nada ha evolucionado tanto como el periodismo en España.

Fué eminentemente político, es hoy eminentemente social.

Desde Carlos IV y Fernando VII hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XIX, como no se había logrado asegurar la libertad y los derechos de la personalidad humana, la aspiración política lo era todo; y como había necesidad de hacer sacrificios personales para redimir á la sociedad española del absolutismo, nuestros abuelos, nuestros padres, y aun nuestra propia generación, tuvieron que hacerlos, y el periodismo fué el gran instrumento de la política en España, siendo todos los periódicos, en primer término, de *partido*.

Es decir, que siempre costaban dinero, y el depósito y el mantener los editores responsables en las Peñas de San Pedro, y las multas, arruinaban á las empresas periodísticas; y el que hubiera pensado formar una sociedad mercantil para explotar un periódico como en Francia hay muchos, y en España existen *El Liberal*, el *Heraldo de Madrid* y otros, hubiera sido considerado como un loco.

La condición de los periódicos, como negocio, y la situación de los periodistas en lo que se refiere á resultados prácticos, eran deplorables, y yo mismo, que algo puedo hablar de estas materias, porque llevo cuarenta años de labor periodística constante, recuerdo haber mirado como una gollería el cobrar una onza al mes—pago alterno un mes sí y otro no—en un periódico, en que mal, pero lo hacía casi todo.

Desviadas las orientaciones de la curiosidad pública de los intereses políticos, que afortunadamente cada día preocupan menos; aumentando considerablemente en España el número de lectores; preocupando cada vez más los asuntos comerciales, industriales y literarios, el periodismo de hoy, que se funda en la información general y no en la política, es muy superior al periodismo antiguo y constituye, no solo un sacerdocio—como antes se decía,—sino una verdadera, legítima é importantísima industria, uno de cuyos factores es el entendimiento y la cultura literaria, que compra una empresa periodística á los que la tienen, pagándoles su trabajo, como compra una fábrica de hilados la ciencia de un ingeniero industrial ó el arte de un pintor.

Y porque el periodismo se haya materializado, ni ha perdido en importancia ni pierde en sus funciones altruistas; lo que ha hecho, por aquellas relaciones necesarias que se derivan de la naturaleza de las cosas, es adaptarse al medio en que vive, sin cuya adaptación no viviría.

De la misma manera que hoy no se leen ni interesan unas quintillas á una flor, ó un soneto á los ojos de la Srta. D.^a Fulana de Tal, del mismo modo aquellos artículos del primero y del segundo fondo "Ellos y nosotros", "Qué harán los rusos", y otros por el estilo titulados, harían hoy dormir á los horteras de los ultramarinos.

Ya lo he dicho en otra ocasión: el mundo marcha, el Cid correría delante de cualquier chulo que

tuviera un revólver, Heliogábalo no entendería la lista de Fornos y Justiniano no serviría para registrador de la propiedad.

II

Nos encontramos, pues, con una prensa moderna, que por cinco céntimos ha de dar telegramas del mundo entero, noticias de cuanto ha ocurrido en las últimas diez horas, literatura, grabados, parte festiva, estudio de cuestiones sociales y políticas, inventos, correspondencias de todos los centros, reseñas de los Tribunales y de los sermones; y todo esto en un periódico grande, por una peseta al mes la suscripción, trabajando siempre por que se suba el jornal de los obreros, y el sueldo á los redactores, y el precio de los artículos literarios, y cumpliendo, con estos trabajos, la misión altruista y humana — sacerdotal que se decía antes—de que la prensa ni puede ni debe prescindir.

Y cuando todos los grandes trabajadores y las grandes industrias se sindicán, la prensa ¿por qué no decirlo con franqueza? se tira al degüello, y á vueltas de nuestro querido compañero y nuestro estimado colega, si un periódico publica treinta telegramas, procura otro publicar treinta y cinco, por inútiles é insípidos que algunos sean; y si un diario da tres hojas y cinco grabados, otro estudia el medio de dar cuatro hojas y diez cincografías.

Por este camino podrá llegarse á un momento en que, á medida que se vendan más números y se obtengan más suscripciones, se pierda más dinero.

Los grandes periódicos dieron el primer golpe á sus intereses cuando la transformación de la moneda, sustituyendo los *dos cuartos* en que se pagaba cada hoja, por *cinco céntimos*.

Entonces, si se hubieran sustituido los dos cuartos por la *perra grande*—seamos clásicos,—el público se hubiera acostumbrado á comprarlos lo mismo, con lo cual los ingresos hubieran aumentado un ciento por ciento; después el afán de dar telegramas y telegramas, muchos de los cuales no se leen por anodinos, aumentó los presupuestos extraordinariamente, quitándole al telegrama su importancia, porque para tenerla debe ser corto é interesante, y ahora, con los números de tres y cuatro hojas, es de temer que acaben de perjudicarse hondamente en sus intereses.

En los Estados Unidos se publican periódicos de catorce páginas, en Francia é Inglaterra mismo se hacen muchos periódicos de tres y cuatro hojas grandes, pero es porque hay un comercio y una industria numerosísimos, y una costumbre y una necesidad de anunciar, que en España todavía no existe, y, por consecuencia, crear un instrumento para levantar un peso con que no se cuenta, es desperdiciar fuerza y elementos.

El instinto de conservación y de progreso aconseja á las grandes empresas periodísticas tener como *gremio* una unión de que hoy en mi concepto carecen en España, sin que por esto persigan todos un mismo ideal.

Tienen intereses comunes como empresa, como los tienen los siderúrgicos y los azucareros y los fabricantes de tejidos, que en todas partes procuran sindicarse, y tienen además particularismos de escuela y de secta, que cada cual debe perseguir según su ideal, procurando por este medio hacerse una clientela especial entre los que comulgan en sus ideales.

El periódico, como el hombre, tiene alma y

cuerpo; y querer prescindir de las necesidades de éste, podrá ser muy místico, pero me temo que ha de resultar muy poco práctico.

Había en Londres un sastre que calculó y dijo: Deben venderse más trajes allí donde la gente vaya más desnuda. Se estableció en el Congo, y como allí no había necesidad de fracs ni de levitas, *anticipándose á los sucesos*, no aumentó la clientela y no ganó dinero.

JUAN VALERO DE TORNOS.

Concurso de GENTE VIEJA

¿Qué es el modernismo y qué significa como escuela dentro del arte en general y de la literatura en particular?

LEMA:
Arte y progreso.

La febril actividad, el continuo cambio que caracterizan á la sociedad contemporánea, tienen obligado trasunto en el arte que ésta produce; pues siempre las obras artísticas, por mucho que su creador se abisme en el estudio de su propia conciencia ó en evocar las aladas imágenes que se esfuman primero y toman forma y colorido después en la nebulosa región de la fantasía, conservan ecos, reminiscencias, rasgos del medio social en que brotan. Diríase que el alma de las colectividades, por extraña fuerza expansiva, se filtra en la creación individual, comunicándole algo de aquello que le es propio y distintivo.

Por eso es imprescindible dirigir nuestras miradas al estado presente de la vida política y social, si queremos entender la marcha de la literatura y el arte novísimos.

El actual período histórico, igual que toda época de transición, ofrece crisis violentas, confusión de ideales, vagos anhelos, crepúsculos de un mundo próximo á hundirse envuelto en sudario de sombras, y albores de una civilización futura que se inicia; todo luchando en mezcla hirviente y caótica, que ha de perdurar hasta que del choque entre tan contrarios elementos surja la humanidad de mañana, vaciada en moldes distintos que la de ayer, pero en moldes fijos y concretos.

Esta indeterminación, esta vaguedad, esta lucha se reflejan en las manifestaciones artísticas, dando nota especial á su carácter, que es, aunque resulte paradójico, la ausencia de todo carácter, si por tal cualidad se entiende una determinada dirección, un peculiar modo de ser sujeto á cánones y principios.

El desprecio á toda autoridad, el predominio individualista, que surge como reacción contra el colectivismo y va minando los cimientos de las viejas sociedades, tenía también que comunicar su revolucionario empuje á la esfera del arte: á los ácratas de la política corresponden los ácratas de la poesía, de la música y de la pintura, predcesores de aquéllos en la realización de su ideal, porque en el mundo de la belleza la piqueta, demolidora de lo construido, puede penetrar más libremente que en la prosaica vida real, cuyos elementos ofrecen solidísima cohesión.

Pues bien: la acracia, la anarquía, esto es, á mi entender, el *modernismo* que hoy impera en la vida del arte; fenómeno complejo, de tendencias diversificadas y múltiples, pero que presenta como

marca típica la exaltación del elemento individual.

No juzgo apropiado el nombre de escuela para calificar el modernismo, porque toda escuela implica preceptos obligatorios, sumisión a una autoridad, organización sistemática, y justamente en la ausencia de tales condiciones cifra el movimiento modernista su razón de existir. Hasta el nombre, notoriamente impropio y vago, con que se pretende designar tan heterogénea agrupación, lleva implícito el prefijado empeño de buscar siempre la última palabra en punto a emociones estéticas desconocidas, a impresiones nuevas, a cuantos elementos, provenientes de las más opuestas direcciones, sean capaces, por lo inesperados y exóticos, de romper la glacial monotonía de nuestra existencia con una sensación o un placer jamás sentidos.

Continúa variedad de ideas y formas, sonidos y matices: he aquí el lema inscrito en las banderas de los modernistas. Fijar un arquetipo de belleza sería para ellos petrificar el arte.

Si algún elemento hallamos que predomine en las nuevas concepciones artísticas, es el idealismo, eterno e invencible adversario del realismo, que renace a nueva vida en la última etapa de la centuria XIX, en son de protesta contra el radicalismo naturalista, el cual, reflejando el apogeo de la industria y la ciencia, la fiebre de utilitarismo y producción que nos envuelve con su atmósfera de hulla calcinada, redujo el arte a lo meramente externo e hizo gala de despreciar cuanto se substraía a representaciones sensibles y analíticas.

El triunfo de la materia engendró en los espíritus desaliento, primero, y más tarde necesidad de volver al mundo de la abstracción y la fantasía para calmar la sed de lo ideal y absoluto. Y en tanto que esa oleada de utilitarismo y fuerza ha creado una novísima estética arquitectónica, de que es elemento primordial el hierro, como ha podido apreciarse en la última Exposición de París, la generalidad de las artes ofrecieron en el ensueño y la quimera un asilo para que reposase el hombre abrumado por la fatiga diaria.

La desviación de la realidad presente no ha podido ser mayor. La naturaleza, despreciada por vulgar, ha sido vista a través de la obra de arte que la sublimaba; y aun la pintura, realista por naturaleza, ha relegado a secundario término la armonía entre la línea y el colorido para expresar lo misterioso, lo oculto, la angustia que esparce el silencio, la vaga melancolía crepuscular, el ignorado ritmo de las cosas inmóviles, y a veces lo aéreo e impalpable, como el rápido ondular de la danza Fuller, que lleva al lienzo fantasmas luminosos, tornasolados matices, etéreas figuras y creaciones aladas.

Esa misma corriente espiritualista, y la ausencia de ideal concreto capaz de dar vida y forma a un estilo propio, han coadyuvado a un nuevo renacimiento de épocas muertas en la esfera del arte; pues la lejanía que envuelve en poética bruma a los siglos pasados los hace eterna fuente de inspiración idealista. Pero, nótese bien, no es un renacimiento lógico y progresivo, restaurador de ciclos de perfección en el orden de la belleza, como lo fué el renacimiento neoclásico, que vino a armonizar la materia con el espíritu. No, la restauración que ahora surge se inspira en el deseo de volver a la primitiva sencillez y rusticidad, al arte informe y tosco, producto de civilizaciones incipientes. En arquitectura acoge y armoniza todos los estilos, mezclando arcadas ojivales con alicatados árabes, y pórticos griegos con ornamentaciones bizantinas; pero en las demás artes bellas busca por sistema lo imperfecto, lo pálido, lo extravagante y lo infantil. Desentierra el Oriente, imitando las rudimentarias y exóticas figuras egipcias, asirias y caldeas, anteriores al genio escultórico, profundamente universal y humano, de Fidias, y retorna la espiritualismo de los siglos medios, divinizados ya por los románticos, con los miniaturistas ojivales, los góticos flamencos, los fresquistas italianos y las pinturas y grabados que se inspiran en las iluminaciones de los viejos libros religiosos. En música deja oír nuevamente las melodías tristes o patéticas de celtas y escandinavos en sus tiempos heroicos, e impregna las estrofas de la poesía con lánquidos añoranzas y canturias místicas de antaño.

Dentro de la literatura en particular, la confusión no es menos evidente. Estetas, simbolistas,

decadentistas, instrumentistas y otras sectas poéticas, mal diferenciadas entre sí, surgen en los últimos veinte años como reacción contra las plasticidades de la escuela parnasiana, e intentan emancipar el arte de la férula tradicional, que ahoga su libre vuelo entre las mallas de estrecha preceptiva.

Pronto de esta revolucionaria falange se destacaron los simbolistas, principales campeones del modernismo literario, quienes dan a la vida un sentido oculto, inaccesible a los observadores vulgares, y, abstrayéndose de lo aparente y superficial, aspiran a descubrir *el alma de las cosas*, haciendo vibrar al unísono con ella su alma propia, unidas ambas por misteriosa correlación.

El simbolismo, que tiene por profetas a Mallarmé y Verlaine, huye del razonamiento y el análisis, se eleva a las azuladas regiones de lo suprasensible, y desde allí mira lo ideal y lo real unidos en borrosa confusión, sin deslindar la línea que separa el aspecto material de los objetos y la significación que pretende atribuirseles.

Encastillado en el alcázar de sus paradojas, sólo ve tinieblas donde todos perciben luz, y hace gala de obscuridad e inconsciencia porque en emociones de tal linaje halla el único sentido claro del mundo, llegando a decir, con Oscar Wilde, que la Naturaleza es una simple imitación de las creaciones artísticas, y los únicos personajes reales son los que nunca han existido.

Lo patético y lo infantil, lo altisonante y lo trivial, escepticismo y fe, desilusiones y esperanzas, realidades y ensueños, atávicas reminiscencias y profecías, tedio y angustia, sentimentalismo y crueldad, ironía y candor; todo se armoniza, todo se enlaza y confunde en el simbolismo, velado por discreta penumbra. Hay en él efectos de aurora y ocaso, elegías inspiradas en las hojas que se desprenden de los árboles y se agitan en danzas multiformes, catedrales góticas donde el espíritu se eleva al cielo en alas de cristiana oración, brillos de astros que parecen sonreírnos desde un mundo más puro, recuerdos de infancia, meditaciones ultraterrestres, escenas paganas entre faunos y ninfas, miserias de obrero, himnos a la nieve que blanquea el paisaje, princesas y borrachos, héroes y mendigos.

El poeta modernista, unas veces desarrolla los mitos del más allá y otras se inspira en las ansias de liberación que siente el mundo; ya expresa situaciones indefinidas, raros fenómenos anímicos e impresiones de silencio; ya describe minuciosamente la belleza de una flor o los efectos de luz; ya canta por sistema lo pálido, lo difuso, lo que se marchita y muere; ya trata de sintetizar los más complejos estados de conciencia. En ocasiones baña su espíritu en la tenue claridad de un rayo de luna, y se siente penetrado por la calma infinita, el suave perfume y el amoroso efluvio que inunda nuestro ser en noches de primavera. Entonces halla en todo lo creado maravillosas y dulces armonías, y el crujir de la rama, el alétear del insecto, el sople de la brisa, el murmurio del arroyo, lo más leve, lo más ínfimo, conmueve su ser con intensas vibraciones. A veces, por contraste rudo, aplica la sátira, y el desprecio al mundo físico, a la manera de Julio Laforgue, esclarecido apóstol simbolista, quien se burla donosamente de *Mamá Naturaleza*, encontrando graciosa y peregrina la obstinación con que se empeña en seguir su inmutable curso.

Pero si no tiene un carácter determinado el modernismo en cuanto a su fondo, ofrece elementos más precisos en la forma; pues el desconocimiento del valor propio de cada arte, que llevó a los parnasianos a convertir la poesía en esclava de la pintura, induce a los simbolistas a identificarla con la música, y para esto tuercen la naturaleza significativa de las palabras hasta hacer de ellas sonidos tonalizados, creando lo que ya Mallarmé calificó de *verso-orquesta*, verso armonioso y musical, que, como una sonata o un nocturno, engendra imágenes pálidas y sensaciones variables en cada individuo. No se arredran ante el uso de voces arcaicas, neologismos arbitrarios, ritmos discordantes y expresiones toscas, si con materiales tan deficientes renuevan sin cesar el estilo poético.

La antigua métrica, con sus estrechos principios, les parece de insoportable monotonía, y juzgando poco revolucionario el verso libre, rompen la cadencia clásica, la regularidad tradicional, y hacinan

las palabras en extensas hileras semejantes a prosa, donde sólo un oído sutil puede hallar la oculta armonía de la ley rítmica que las regula.

Todo en el modernismo lleva el sello de la decadencia y el agotamiento. Las sociedades, como los individuos, envejecen, y esto es causa del egoísmo senil, origen de ese orgullo literario que hace cultivar el *yo* exclusivamente; produce también aumento de sensibilidad, desgaste de las impresiones ordinarias, a fuerza de repetirlas, y, como consecuencia, perversión de los sentidos, refinamientos exóticos de una voluptuosidad enfermiza.

Esto nos da la clave del moderno decadentismo divinizado por Baudelaire en sus *Flores del mal*; tendencia que responde más que ninguna otra fase modernista al proceso degenerativo señalado por Max Nordau.

Erotismos y obscenidades, delirios sangrientos y aterradoras quimeras, el *satanismo*, o culto sistemático al mal, la delectación morbosa con lo horripilante o corrompido; todo en los decadentes implica una anestesia moral, una emotividad desenfrenada, una exaltación neurótica y un desorden mental fronterizo de la locura.

No es el arte modernista un arte fecundo y pleotórico de savia; no: es una disgregación de fuerzas, una desintegración orgánica, que corresponde a la desintegración social. Hay en él gérmenes vitales, pero es la germinación parasitaria que brota de los cuerpos muertos en la continua evolución de la materia; luz y colores, mas no los que engendra el sol con sus prolíficos rayos, sino los que produce el sepulcro con sus fosforescencias que siniestramente fulguran.

Nada importa; el arte no dejará de existir vencido por la ciencia, como afirma Nietzsche con desconsolador pesimismo, porque el culto a la belleza, el goce de lo ideal han de ser eternamente el perfume de la vida, el refugio sagrado contra las impurezas de la realidad; algo que radica en lo más hondo, en lo más íntimo e inmutable del alma humana.

Pero si no asistimos a la agonía del arte, estamos ante una de sus transformaciones más críticas y difíciles. En el fondo de las tinieblas se agitan energías poderosas en espera del venidero impulso que las unifique, del faro que las oriente en su errabunda marcha.

La anarquía no puede perdurar. Tengamos fe, ya que hemos arrojado a todos los dioses de los altares de la Belleza, en que ha de venir un *superhombre* a echar los cimientos del futuro dogma artístico, fijando concretas fórmulas y aunando en haz común, luminoso y radiante, todas las aspiraciones inconexas, los heterogéneos matices, las múltiples fases de ese modernismo brumoso, artificial, incoherente y alambicado. Aparecerá el titán que magnetice, imponga, si es preciso, la tiranía de su genio, y, al comunicar sangre nueva y juvenil al galvanizado arte que hoy prepondera, le diga con voz solemne y majestuosa, cual nuevo Mesías de redención: "Levántate y anda."

JOSÉ DELEITO Y PIÑUELA.

CANTARES

Adiós le dije a mi dicha,
adiós a mis esperanzas....
¡A ti no te dije adiós,
porque te llevo en el alma!

El ocaso de la vida
es lo mismo que el del sol,
reina la sombra en el valle,
pero en la cúspide no.

Al torbellino del mundo
por olvidar te lanzaste....
¡Me has rasgado el corazón
y no has podido olvidarme!

No sé de dónde has venido,
ni me digas dónde vas....
¡Te he querido y me has querido
y es inútil saber más!

Sofé que me amabas tú,
sofé que te amaba yo,
sofé que estábamos juntos....
¡No me despiertes, por Dios!

En la tumba de tu esposo
á rezar contigo fué;
recé, pero no recuerdo
si fué por él ó por mí.

Nunca he sabido guardar,
y esa ha sido mi desgracia,
ni un céntimo en el bolsillo
ni un sentimiento en el alma.

MANUEL VALCÁRCEL.

..... ALLES FÜR ALLE

¡Pero estos modernistas son atroces! He aquí un nuevo modo de defender las corridas de toros: «¿Divierte? Luego es bueno. ¿Apasiona? Luego responde á un fin saludable.» Francamente, estas consecuencias me parecen primas hermanas de aquella otra: «Como mi amigo me ha pedido versos para un libro.... lo he titulado ¡Eglogas!» Después dice, y esto ya huele más á argumento: «¿Qué regocijo vais á dar á un pueblo que no sabe leer ni escribir y que no tiene idea de un arte más puro?» Pues ese: ¡que aprenda un arte más puro! ¡no seguir embruteciéndole con el sugestivo (ahora todo es sugestivo) espectáculo nacional, á pretexto de que no comprende otro! ¿Conque todo lo que apasiona es bueno? ¿Conque todo lo que apasiona responde á un buen fin? Si esto no es justificar las pasiones y los más feos apetitos, no sé lo que será. Francamente, los viejos no hemos sido ni somos buenos. ¿Qué hemos de serlo? Pero no nos atrevimos nunca á justificar las pasiones, con haberlo hecho Voltaire, que aun en nuestra infancia era leído por muchos beatos de hoy, que se daban tono de lo que entonces sería modernismo. ¡Pues no es menos salada la defensa del lujo de las mujeres! «¿Quién sabe si debemos nuestro nacimiento á la oportunidad con que nuestra madre se puso un sombrero de moda ó se colgó un perifollo bonito del vestido?» Ante todo, los perifollos no se cuelgan del vestido; y además esto es un plagio de.... Lope ¡nada menos! Recordando los devaneos de su padre y su reconciliación con su esposa, asegura el poeta que de esa reconciliación nació él:

“Conque por celos fuí, ¡qué nacimiento!
Imaginadle vos....”

Ahora deben estar los matrimonios mejor avenidos, porque salen pocos Lope entre los modernistas; sin duda la naturaleza,

“Descansando de aquel esfuerzo gigante....”

no nos da cosa de más substancia.

Después de todo, puede que tenga razón al decir que enseñar al pueblo otra cosa, que es lo que pido yo, es igual que lo que quería un loco que había en un manicomio: enseñar á hablar á un perro. ¡Pobre pueblo español, en manos de modernistas! Por algo dijo el poeta:

¡..... *Aetas parentum*
Pejor avis: tulit nos nequiores
Max daturus progeniem vitiosiore!

*
**

Y algo de esto se deduce de lo que ha ocurrido en esos *meetings* anticlericales. ¡Se conoce que todavía no hemos enseñado á hablar al perro. ¡Porque miren ustedes que se han dicho cosas en los tales discursos, por los tales compañeros.... y compañeras! porque iban juntos; ¡claro! como que todo lo que apasiona es bueno, y una guapa compañera incrédula y de fuertes caderas, que dijo el otro, debe apasionar mucho. Por de pronto es notable y un signo de los tiempos— que diría monseñor Dupanloup,—el que sólo en la Religión católica se ataque á sus ministros, y que sólo de entre los bautizados en ella salgan esos energúmenos que pretenden

borrar el nombre de Cristo sobre la tierra. Solamente en España se ve tolerar que se ataque á la Religión del Estado y de todos los españoles de cultura y de sentido común, sabiendo que esos ataques, cayendo en una masa ignorante é inconsciente, «que va á los toros porque no sabe leer», han de producir el efecto que ya han producido: poner la dinamita, en nombre de la libertad, tan amada del Sr. Sagasta, á la puerta de un convento de inofensivas monjas. «¡Se impone la dinamita contra los frailes!» — dijo un apreciable zapatero, mientras que otro, tirando más alto, pasándose de listo, como creará él, dijo «que protegería á los frailes, porque cuantos más haya más daño harán á la Religión.» — Casi estoy por apropiarme este argumento; yo también creo que las heridas de la libertad se curan con la misma libertad, según el añejo símil de la lanza.... progresista. ¡Cuanto más se deje disparatar á compañeros y compañeras, antes se acabará de oír desatinos!

*
**

Mientras que esto sucede, más vale hacer lo que ha hecho un aldeano en Atenas. El cual ha decidido que darse insensible é invulnerable desde el 25 de Noviembre de 1897, justamente el tiempo que á España le hubiera convenido gozar de este raro privilegio, porque el individuo este *ático* no siente los golpes que le dan con piedra ó palo; y aunque algo de eso sucede también en España, donde nada nos afecta ya, no hemos llegado á ese ideal de insensibilidad que tuvo su origen en el nacimiento de un nuevo vástago; aquí ha sido al revés; nos hemos quedado insensibles al arrancarnos una porción de territorio. España está, pues, en las mejores condiciones para ensayar ese nuevo método de remiendos humanos, de que nos habla el Dr. Vera. ¡Dios quiera que algún doctor extranjero no lo aproveche para sacarnos unas cuantas tiras más de pellejo, á pretexto de humanidad, como los humanitarios yanquis.

*
**

Y á propósito: ¡á buena hora perdimos á Cuba! Ahora sale la ciencia (?) con que no hay nada tan sano, tan nutritivo como el azúcar. ¡Si será negra nuestra suerte! Por supuesto, que yo no me apuro con eso: no hace seis meses que nos dijeron que nada tan sano, tan eficaz para alargar la vida como el tomar sal, es decir, cloruro de sodio á todo pasto. Pues bueno; ahora salen con que se tenga cuidado con la sal, porque no sólo no prolonga la vida, sino que produce el cáncer. ¡Vaya usted á entenderse con la ciencia! Verdad es que el doctor (agárrense ustedes) Leitenstorfer, que significa algo así como «director de turbas» (vamos, lo que hacía falta aquí para delegado de los *meetings* esos, contra curas y gente ordinaria), ha averiguado en Metz, y da como una de sus conclusiones, que á los soldados de un regimiento, sometidos al régimen sacarino (digo, me parece que lo llamarán así).... *les gusta mucho el azúcar* (hombre, ¡qué cosa tan rara!), y que aumenta el número de respiraciones y la fuerza muscular. Estoy seguro que los soldados españoles, consultados sobre el caso, preferirían un trozo de jamón á los cien gramos de azúcar. Ya estoy viendo lo que van á hacer las patronas de huéspedes con los pobres forasteros; sustituir la carne y el chorizo con los cien gramos de azúcar, terciada, por supuesto.

—¡Patrona! ¿Qué tiene este cocido? Está muy dulce.

—Es que como ustedes no están al corriente de la ciencia.... ¡Es azúcar, que alimenta mucho más que la carne!

—¿Sí? Pues mire usted, todos los de pueblo preferimos la longaniza.

Y supongo que lo mismo le dirán al Sr. Aguilera los nueve mil y pico de Alcaldes, sus colegas, que piensa traer á Madrid para que almuercen, á la salud del nuevo Monarca, si quiere someterlos al régimen azucarado:

—Mire usted, respetable colega: de plagiar el convite alcaldesco de París, que sea por completo. Además, estamos seguros de que usted no ha alcanzado ese desarrollo envidiable.... comiendo solamente azúcar.

Y ahora, que el Sr. Maura nos ha amenazado casi con la vuelta de los Corregidores, necesitamos estar fuertecitos.

Por supuesto que con esto de los festejos van á ocu-

rrir cosas muy graciosas. El otro día me decía un amigo muy cervantista, que al leer eso del torneo á caballo le pareció estar viendo á D. Quijote y al famoso vizcaíno con la almohada tomada del coche.... ¡y vaya usted á borrar ya esa impresión! Tampoco pierden ripio los enemigos de las instituciones, como ahora decimos, con motivo de los festejos. Los estudiantes, que están deseando vacaciones con el menor pretexto, ahora se muestran muy aplicados y no quieren perder ni un día de clase. Se ve la maniobra: es para hacer respetuosamente alarde de antimonarquismo con un pretexto tan laudable, no ellos, sino unos cuantos políticos que no pierden ocasión en estas cosas, y que no han empleado ni invocado sino con motivo de fiestas reales. El Conde de Romanones, que conoce el paño, ha cogido las vueltas á los hábiles, ordenando que haya fiestas.... y clase. Me parece muy bien.

*
**

El vascuence como idioma está muy lejos de desaparecer. Ahora acaba de salir para Tierra Santa una peregrinación que lleva la misión de esculpir en el Santo Sepulcro la oración dominical.... en vascuence! y plantar además un retoñito del árbol de Guernica en el mismo huerto de las Olivas. Lo primero me parece muy bien como protesta de lo de la lengua agonizante, que dijo un vasco; lo del árbol me huele á festejo progresista ó de ciudad lineal, y todo impropio de aquel santo lugar, que nada tiene que ver con fueros y libertades, aunque otra cosa piensen los partidarios de las ideas que probablemente dominarán en la peregrinación. Lo que dificulta es que en el cielo entiendan el vascuence; porque además de ser enredoso de suyo, desde que Zola observó, como argumento, que la Bernardita de Lourdes, no sabiendo más que *patois*, no pudo entenderse con la celeste aparición, tengo mis dudas sobre la instrucción filológica de los seres sobrenaturales.

*
**

Cabos sueltos, para concluir: leo que las maestras de escuela dan el mayor contingente á los manicomios, por la manía de hacerles aprender desde el punto de calceta hasta la lógica de Hegel. No se necesita tanto para educar niñas; y además soy de los que creen que las almas tienen sexo, y el delicado cerebro de la mujer no está organizado como el de Campoamor ó el de Echegaray.

*
**

Gran polvareda ha levantado el Sr. Maura con su filípica contra Ayuntamientos y Concejales. Después de todo, no ha hecho más que repetir lo que aquí se decía ya antes de publicarse el diccionario ese de injurias en Alemania, que no servirá para España, porque aquí era una injuria llamarle á uno Concejal. Y eso es lo que quiere que cese el ilustre jefe del gamacismo, nombre que ha sobrevivido á su fundador.

Por cierto que ignoro la opinión de este ilustre abogado en la cuestión de la supresión de las plazas de abogados de pobres. Estoy seguro de que le parecerá muy mal, como á mí, que por ser uno pobre se vea obligado á tener por abogado á un principiante, por muy despejado que se le suponga. Aplicado este sistema á los médicos, resultaría cruel é insostenible. ¡Cuánto más noble y digno es que esos grandes jurisconsultos se presentasen alguna vez envueltos en la honrosa toga, no ya para defender á la aristocrática duquesa, al opulento banquero ó á la poderosa sociedad mercantil, sino al desventurado obrero—á quien un patrono perjudica, ó al infeliz inquilino injustamente lanzado á la calle por un casero sin corazón. Conozco á fondo al Sr. Díaz Cobeña; no le he hablado de este asunto; pero creo que no me convencerá con razones.... económicas, á pesar de todo su talento.

*
**

Dos frases:

El tenor Tamagno va á cantar en Marsella en una plaza pública. Se comprende. En tal sitio hace falta una voz de.... ¡tamaño!

*
**



Hay un específico para el pelo que se titula «Agua Klara»; y si esto no es tomar el pelo, cosa difícil, á los calvos, será un líquido, dice, que no contiene arsénico ni bismuto ni....

—¿Será esto verdad? — preguntaba á su médico un ilustre calvo.—¿Qué es eso del Agua Klara, doctor?

—¡Pues qué ha de ser, hombre, homeopatía!

* * *

Diálogo cogido al vuelo entre un diamantista y un sacerdote de Cuenca:

—¿Qué catástrofe! ¡Una torre que era una joya!

—Sí, señor cura, pero una joya del siglo XIII; y las joyas necesitan de vez en cuando engazarlas de nuevo; por que sino las piedras se desmontan solas.

—Ya lo habían.... hecho ¡Se han gastado en ella hasta 200 pesetas!

GERARDO RODRIGO.

DOS GOTAS DE ROCÍO

Una brillante gota de rocío
cayó en el cáliz de una fresca rosa;
el alba la sorprende, y con el frío
en su seno se heló.

Era una gota pura, transparente,
como perla en su concha recostada;
mas llega el sol, la funde un rayo ardiente,
y á la flor jugo dió.

Otra gota temblante, desde el cielo
se posa sobre el tronco de la mata;
resbala, la recibe el sucio suelo,
y fango se volvió.

TEODORO GUERRERO.

UN CYRANO ARAGONES

CUENTO

De repente sentí un calambre en la boca del estómago y caí desvanecido sobre el terraplén de la trinchera.

—¡Un balazo de muerte....! ¡Se acabaron todos mis sufrimientos!....

¡Gracias, Dios mío!— exclamé al tiempo de caer, con esa velocidad más que eléctrica del pensamiento.

No sabría precisar el número de horas que pasé sumido en aquel estado de relativa inmovilidad. Y digo de relativa inmovilidad, porque mi espíritu funcionaba de cuando en cuando con lucidez maravillosa, y los últimos eslabones de la cadena de mi existencia pasaban por delante de mis ojos con todo el colorido de la realidad.

Era, sin duda, juguete de un ensueño.

Se me figuraba estar viviendo todavía en mi pueblo natal, Santa Cruz de Moncayo, provincia de Zaragoza, lugar que se agrupa con su blanco caserío en la falda de dicho monte, como bandada de palomas que hubieran abatido el vuelo en tan pintoresco paraje.

Creía hallarme también á la puerta de la herrería del tío Casiano, de cuyo taller era yo el alma y donde ganaba tranquilamente mis 25 pesetas semanales.

Acabada la tarea de forjar media docena de picos y otra media de azadones, y con el ansia de respirar una bocanada de aire puro, ceñido el mandil de cuero y los brazos remangados, salme á la especie de plazoleta que delante de la fragua se veía, y encaminándome hacia aquel solitario banco de piedra, que un viejo álamo sombreaba, sentéme.... y pensé! ¡Pensé en lo de siempre!... ¡Pensé en ella!

¡Y ella.... se llamaba María! El nombre más dulce que puede llevar una mujer. Rayaba en los diez y ocho años. Era morena como la noche, fresca como el alba y lucía dos espléndidos soles por ojos.

Eramos muy amigos desde la infancia, aunque yo tenía cinco años más que ella. Las casas de nuestras respectivas familias estaban inmediatas, y la intimidad que siempre las unió fué grande.

Desde los primeros pasos de su adolescencia distinguíeme María con su confianza, y nunca dejó de quererme entrañablemente, pero con afecto fraternal, mientras que yo he sentido por ella una profunda y verdadera pasión!

¡Sí.... pero jamás se lo he dicho. ¿Para qué?

Hubiera sido intentar un imposible, proporcionarla tal vez un gravísimo disgusto, ó provocar en ella quizás un acto de abnegación y sacrificio, que á pesar de un amor egoísta, no hubiera podido consentir mi honradez.

Además, ¿qué remedio, si ya tenía novio? Un buen muchacho, hijo del alguacil del pueblo, oficial ebanista, muy honrado y trabajador, de diez y nueve años, y en vísperas, por consiguiente, de entrar en quintas.

Su nombre es Fernando. Hemos ido juntos á la escuela, y allí comenzó ya nuestra rivalidad en la lucha por ocupar los primeros puestos.

¡Y el primer puesto lo tuve yo siempre!

Mentiría, si dijese que me inspiraba Fernando grandes simpatías.

Pero tampoco puedo asegurar que le odiase.

Se iba aproximando la época de la quinta. La pobre María contemplaba con horror la vecindad de aquellos instantes supremos en que había que poner en manos de la suerte amor y felicidad.

Y llegaron las quintas, se verificó el sorteo ¡y cayó Fernando!

Y en hora tan fatal, y en casa de la infeliz María, que se hallaba postrada en el lecho, díjome al oído el médico de Santa Cruz, señalando á la enferma: «¡Ha sido un golpe terrible para esta desdichada ¡La separación de Fernando le va á costar la vida!»

—¡Un milagro, doctor, un milagro, por amor de Dios!....— le respondí con súplica anhelante.

—¡Si yo pudiera recetar contra el Banco de España!... ¡Allí está el medicamento!.... ¡Dos mil pesetas!.... ¡Un sustituto!.... Pero ¡ay! amigo Juan, por desgracia no conocen mi firma en esa laboratorio químico.

Quedé como aturdido con el razonamiento del doctor.

¿Era posible ¡Virgen Santa! que aquella flor tan hermosa, que acababa de entrar en la primavera de la vida y á quien yo quería tanto, fuese á morir por falta de un puñado de monedas de oro?

Repentinamente brotó en mi cabeza de aragonés una idea extraordinaria, y tras la idea se apoderó también de mi cerebro un propósito vehemente. Helo aquí.

Á fuerza de economía y después de algunos años de rudo trabajo, logré reunir cien duros, que tenía depositados en casa de un rico comerciante de Tarazona.

Me encaminé, pues, á dicha ciudad, visité al comerciante y recogí mi depósito. ¡Cien duros!.... ¡Quinientas pesetas! ¡La cuarta parte de la cifra que se necesita para redimir á un quinto del servicio militar!

Quedaba otro medio más barato, aunque menos rápido. Comprar directamente el sustituto. Sí, pero un sustituto, por barato que se hallara, no bajaría de doscientos cincuenta duros.

¿Y quién iba á proporcionar las setecientas cincuenta pesetas que harían falta?

¡Nadie!

No había cosa que hipotecar.... ni que vender.

El padre de María es hombre de algún capital. Tal vez más del que se le supone. Pero no hay que olvidar que lleva el apodo del tío Tiña y que no se debe contar con él.

¡Qué desdicha!

¡Cuántas arrobadas de amor se malogran á veces en este pícaro mundo por no poseer siquiera un par de libretas de aquel corruptor metal que—según he leído en un libro titulado *Fausto*—inventó el demonio en los infiernos para sobornar los corazones en la tierra! (*Pausa y transición.*)

¡Oh, Dios mío.... qué ocurrencia tan peregrina! ¡Eso sería de un efecto maravilloso!....

¿Deberé intentarlo?... ¿Por qué no?

Soy joven y fuerte, tengo buena estatura, salud á prueba de bomba, libertad completa, no estoy obligado á rendir á nadie cuenta de mis actos, y me parece que ha llegado ya el momento de averiguar qué es lo que daría un reclutador de quintos por este aburridísimo cuerpo, tan poco simpático para la mujer á quien amo,

que es todo mío y que, como mío, hago de él lo que me dicta la real gana.

Y en el estrecho y oscuro comedor de una posada de Tarazona, á los postres de un pisco-labis, varias veces repetido, y entre cigarro y copa, quedaron hechos y firmados aquella misma tarde dos compromisos en el papel correspondiente: por uno me vendía yo para servir en Cuba por la cantidad de *doscientos cincuenta duros*, y por el otro se le compraba sustituto á Fernando en *doscientos ochenta*.

Dirá quizás el lector: ¿Qué necesidad había de esa doble operación? ¿Por qué no llevar á cabo públicamente el sacrificio?

Porque María no lo hubiera aceptado jamás. Estoy seguro de ello. Al paso que valiéndome de tal disimulo y adoptando dicha forma, podía hacerla creer fácilmente en la existencia de mis ahorros y hasta en un fuerte préstamo conseguido por mí en la ciudad, préstamo que tendríamos que ir pagando poco á poco entre todos nosotros y á medida de nuestras respectivas fuerzas.

Luego.... no me sería muy difícil tampoco hallar un pretexto razonable para ausentarme de Santa Cruz de Moncayo, por una corta temporada, con el fin de ingresar en las filas y de que cuando se llegara á traslucir algo de mi secreto ya estuviera yo navegando con rumbo á la gran Antilla.

¡Y así pasó!....

.....
¡Ah, justo Dios!.... ¡Qué cosa tan sorprendente!....
¿Dónde estoy?... ¿No caí herido de muerte sobre las trincheras de Santiago?

—¿Me dejarás dormir, pedazo de alcornoque?—gruñó de mal talante un hombre que yacía acostado en una delgada colchoneta.

—¿Pero qué significa esto? ¡Parece cosas de brujas! Diría que me encuentro navegando.... Este balanceo.... esta brisa salada....

—¡Vamos, está visto, no voy á pegar los ojos en toda la noche!

—Y tú, que así te permites insultarme, ¿quién eres?

—¿No me reconoces por la voz? Espera, voy á disipar un poco estas sombras. Y el interlocutor de Juan encendió un fósforo, aplicándose el resplandor á la cara.

—¡El sargento Gutiérrez!

—Sí, camarada de la 4.^a de tu mismo batallón, si no lo llevas á mal,—interrumpió el llamado Gutiérrez— que ha tenido el singular capricho de caer prisionero de los yanquis y de ser transportado con toda felicidad á este crucero auxiliar, donde ya te hallabas tú, regiamente aposentado, dando voces como aullidos en algunos momentos y otras veces convertido en un marmolillo. El médico de á bordo, que parece un buen sujeto, calificó tu enfermedad de *hambre canina*!... Y debe ser cierto, porque te has pasado toda la noche aullando.

—¡Creo que estoy loco! ¿Dí, Gutiérrez, y adónde nos llevan? ¿Qué destino es el nuestro?

—Viajamos por cuenta del Tío Sam y nos llevan á Cayo Hueso. Este palacio flotante en que vivimos, es un tremendo vapor de carga y pasaje, habilitado como crucero auxiliar, pero principalmente con la misión de perseguir sin tregua ni descanso á la marina mercante española. Anteayer, sin ir más lejos, apresó un barco de la Trasatlántica á la entrada del canal del Viento. Á bordo tenemos algunas personas de las que iban en el vapor apresado, entre ellas una hermana de la caridad, chico, que da la hora!.... ¿Quieres un pitillo?

—Gracias, Gutiérrez, no me apetece el tabaco.

—Chis! ¡Silencio!.... El vigilante! Hagámonos los dormidos.

.....
Obligados guardar un largo y forzoso silencio, el sargento primero Gutiérrez y el sargento seundo Juan Villalba, ambos habían caído insensiblemente en las profundidades del sueño, donde permanecían sumidos hacía ya lo menos tres horas.

Después de una noche tranquila y sosegada, amaneció un día espléndido.

La temprana operación del baldeo vino á turbar bruscamente el reposo de aquel par de entrañables ca-

maradas, que se fueron retirando hacia proa con las flacas y duras colchonetas, á la llegada de los encargados de la limpieza.

Juan caminaba apoyado sobre el hombro de Gutierrez. Se hallaba todavía en extremo débil y le costaba mucho trabajo tenerse en pie. De pronto sintió como una viva punzada en el corazón, le faltó el aliento y se fué desmayando poco á poco hasta dar con su cuerpo en el entarimado.

—¡Chiquillo!... ¿Pero qué haces?... ¡Vamos arriba!—le grita el compañero, pugnando al mismo tiempo por levantarlo.

—No puede, Gutierrez!... Déjame en paz!

El médico del barco, que le gustaba madrugar, por lo visto, acertó á pasar por allí y se aproximó al grupo, preguntando en correcto castellano "¿Qué es esto?"

—Que acaba de sufrir mi pobre amigo una especie de desmayo. ¡Está muy débil!—respondió Gutierrez con tristeza.

Habló el médico con dos robustos artilleros, que estaban conversando y fumando puestos de codos sobre la borda, los cuales, sacudiendo las pipas para descargarlas de los residuos, se aproximaron en seguida á Juan y, tomándole cuidadosamente por los brazos, lo transportaron como en volandas á un amplio dormitorio dispuesto bajo el castilló de proa, y allí lo dejaron acostado en una de sus hamacas.

Quedóse el buen Gutiérrez al cuidado de su compañero, en tanto que el doctor iba en busca de un específico y volvía inmediatamente con él, para propinarle al enfermo.

En la campana de á bordo sonaron las seis, y á pesar de ser bastante temprano, ya estaba la cubierta inundada de sol. No hay que olvidar que corría á la sazón el mes de Julio y que el crucero navegaba por los trópicos.

Juan exhaló un hondo suspiro, se incorporó trabajosamente en la hamaca, abrió los ojos, como atraído por una encantadora visión, y los clavó con ansiedad en la puerta del dormitorio.

A Juan se le figuró vislumbrar, á través de aquella puerta, la llegada de un querubín, radiante sol coronado de blancas nubes, que por milagro divino descendía del cielo para brindarle el reposo del cuerpo y la salud del alma.

Y oyó el chirrido de la puerta al girar sobre los goznes y vió entrar al médico acompañado de un *Hermana de la Caridad*.

¡Entonces sonaron dos gritos indescribibles!...

—¡María!...

—¡Juan!...

Y siguió un estrecho y prolongado abrazo, y consuelos... y sollozos... y besos... y alegrías.

¿Qué sucesos habían acaecido en Santa Cruz de Moncayo en aquellos once meses, pues no alcanzaba á más el tiempo transcurrido desde la partida de Juan, que pudieran explicar satisfactoriamente la mágica presencia y el prodigioso encuentro de María á bordo de un crucero americano?

¡Sucesos extraordinarios y como dirigidos por la mano de la Providencia!

Descubierta la misteriosa causa de la inverosímil conducta de Juan, María comprendió, por fin, llena de admiración y embargada de asombro, toda la inmensidad de aquel amor que no reparaba en los mayores sacrificios para labrar la felicidad del ser amado.

Y desde que lo comprendió, como si por arte de encantamiento se hubiera verificado en ella un cambio repentino de cerebro y corazón, nuevos afectos despertaron en su alma, y el deseo de corresponder á los sacrificios de Juan se apoderó por completo de su fogoso espíritu.

También se operó otro cambio en el alma de Fernando, pero de índole muy distinta. Al conocer el verdadero motivo del inexplicable rasgo de Juan, brotó en él, vivísima sospecha y sintió á la vez la mordepura de los celos.

Cierto día se movió un altercado violentísimo entre la *indiferente* María y el *celoso* Fernando, y desde entonces quedaron rotas para siempre aquellas, al parecer, indisolubles relaciones.

El desapareció del pueblo. Había jurado no volver á Santa Cruz hasta conseguir 1500 pesetas para saldar la cuenta con el herrero. A la sazón se hallaba de oficial en una gran ebanistería de Zaragoza.

En cuanto al padre de María, sépase que se acostó una noche y que no amaneció.

Entonces, ella, libre y huérfana, muy eficazmente auxiliada por unas 4.000 pesetas en billetes de banco, que dormían entre los forros de un chaquetón del padre y que la hija encontró, afortunadamente, concibió el propósito de ir en busca de Juan, á cuyo efecto ingresó como novicia, por recomendación del Cura del pueblo, en un convento de Hermanas de la Caridad y no tardó en partir para el lugar de sus afanes, formando parte de una expedición de enfermeras.

Habiánse roto ya las hostilidades, pero no vaciló en arrostrar por Juan—de quien llevaba en el bolsillo la licencia absoluta—los mayores peligros.

Si él había muerto... su resolución estaba prevista también. Ingresaría definitivamente, como profesora, entre las Hermanas de la Caridad.

¡Pero Juan vivía!

Y Dios hizo el milagro de juntar aquellos dos corazones á bordo de un crucero de guerra y de seguir velando por ellos hasta que lograron obtener la libertad, y más tarde, y por fin, el amable Cura párroco de Santa Cruz de Moncayo les echase su santa bendición, cadena indestructible, formada con los eslabones de la Epístola de San Pablo.

MORALEJA

Juan, herrero de Aragón,
es, aunque no en la nariz,
Cyrano en la abnegación.
Distinguese del gascón
en que al cabo... fué feliz.

MARCOS ZAPATA.

UN CONSEJO

Á Rosa.

A pesar de tu inocencia
me han dicho—¡y me extraña tanto!—
que frecuentas mucho el santo
tribunal de penitencia.

Que quiere tu madre vieja,
llena de materno amor,
que escuches al confesor,
que sólo el bien te aconseja.

Es santa resolución
de quien tu ventura quiere:
oye cuanto te dijere;
mas con su cuenta y razón.

Ten presente, entre otras cosas,
que no sirven confesores
para los males de amores
de las muchachas hermosas.

No se los cuentos jamás;
porque esos santos varones,
ni sintieron las pasiones,
ni los conocen quizás.

Y aunque te cueste rubor,
si amor turba tu alegría,
dámelo á mí, vida mía,
sé yo más que el confesor.

MARIANO CAPDEPÓN.

LA CABEZA DEL DIABLO

(APUNTES DE VIAJE)

I

....¡Ooooooh!
—¿Hemos llegado ya?
—No, señor. Este pueblo es Magallón.
—¿Nos detenemos mucho?
—No, señor, vamos á descansar un poco. ¿Quieren tomar algo?
—Gracias.

—¿Falta mucho hasta Borja?

—Hora y cuarto.

—Vaya, pues date prisa, y fúmate un puro.

—En seguida marchamos, caballero.

Y efectivamente, volvió á arrancar la diligencia donde íbamos embaulados varios viajeros un día, ó por mejor decir, una mañana del mes de Julio del pasado año.

El mayoral, fornido aragonés y muy práctico en la conducción de esos vehículos, jubilados en casi toda la Península (porque la *diligencia* ya no existe ni siquiera en las personas), era un mocetón de unos treinta y cinco años, que hablando unas veces con las mulas y otras con los viajeros, fumando cigarros escogidos y cantando coplas picarescas, cruzaba, quizá por la milésima cuarta vez en su vida, el trayecto que une á la estación de Gallur—ferrocarril de Zaragoza á Pamplona—con la pintoresca ciudad de Borja (Aragón), situada en la falda del Moncayo.

Grandes son las condiciones de salubridad de todos los pueblecitos que salpican la riquísima comarca á donde me dirigía este verano, si bien tales cualidades se desconocen en el resto de España, tal vez porque esos lugares están separados de la vida moderna y conservan en toda su pureza las antiguas costumbres patriarcales, ó acaso porque los naturales del país no se cuidan gran cosa de propalar sus ventajas, ni de hacer fácil y cómodo el acceso.

Pero sea cualquiera la causa del aislamiento, tócame, como testigo ocular de tantas maravillas y viajero agradecido á aquellas brisas oxigenadas, hacer resaltar la importancia de ese pedazo de tierra, no surcado por la vía férrea, pero sí por la reja del labrador, y en cuyo recinto, pródigo en legumbres y cereales, exhuberante en olivares y viñedos, se vive la vida tranquila de principios de siglo, y encuentran los viajeros que llegan á sabiendas ó por acaso, la salud de sus cuerpos y la paz de su espíritu.

Hacia dos horas que habíamos descendido del tren y montado en la diligencia (aunque esto de *montar* lo digo por seguir la costumbre, porque entiendo que no hay mucha propiedad en la frase) y arrellenado en un asiento del vehículo, cuya clase sólo conocía de nombre y de vista desde hace muchos años, nos dirigimos cuesta arriba, con toda la velocidad que le está permitido á este medio de locomoción, hasta la ciudad de Borja, término del trayecto, pero no fin de mi viaje.

La estación de Gallur domina al pueblo de este nombre, colocado á la espalda de un monte y fertilizado por las aguas del Canal Imperial, gloria de Pignatelli, y por las del caudaloso río Ebro, padre cariñoso de aquella vega incomparable.

En aquella estación y al borde de aquel monte, que parece un valladar puesto por la Naturaleza á la vida contemporánea, tienen que dar un paso atrás los que lo quieren dar adelante, camino de los pueblos á que me refiero, porque, volviendo la espalda al vapor y al confortable vagón de 1.^a, han de asentar sus humanidades sobre duros almohadones de pelote y descansar sus espaldas en la grasienta madera de la diligencia. Es decir, que retroceden para adelantar en el viaje, aunque no adelantan para retroceder en la salud.

A los pocos minutos desaparece la última columna de humo de la locomotora y el último poste del telégrafo.

—El mundo civilizado se ha hundido detrás de aquel monte— me dijo un compañero al bajar una pendiente.

—Sí,—le contesté—concluyó la rapidez de los viajes y de las noticias. Ya no podrían saber nuestras familias á las diez lo que hemos hecho á las nueve. Si se pone usted malo, tiene tiempo de morir antes de que llegue la noticia á su casa de Zaragoza.

—Algo me contraría eso, porque en un caso urgente....

—No se apure usted; al venir á estos sitios hemos renunciado á todas las llamadas comodidades. Ignoro si es el mundo civilizado el que abandonamos; pero tengo para mí que éste es mejor que aquél: compare usted esta inagotable vegetación, que casi cierra el camino, con los pelados alrededores de Madrid; la excelente situación topográfica de todos estos pueblos, con la mortífera atmósfera de la corte; estos inmensos cam-

pos de olivares, que producen el mejor aceite de Europa, con aquel aceite verde y adulterado que se vende en la capital de España; esas numerosísimas bodegas abiertas en los huecos de las montañas, donde se guardan por millares cubas del vino más puro de la tierra, con aquel peleón-madrileño lleno de agua y de alcohol; estos sencillos labradores, con aquellos solapados chulillos; este cielo, con aquél; esta tranquilidad, con aquella algazara, y dígame si aunque hallemos defectos en estas costumbres ó faltas de comodidades por estos contornos, no es esto preferible cien veces (cuando buscamos el descanso) á la pueril satisfacción de poner un telegrama ó de recorrer nueve leguas por hora.

—Tiene usted razón, pero me parece que nos vamos á aburrir muchísimo.

—Cada uno es dueño de aburrirse cuando quiera.

—¿Usted se queda en Borja?

—No, señor; todavía deseo mayor aislamiento. Voy al Santuario de Misericordia; quiero ser anacoreta quince días por lo menos; después de la vida de salón, la vida de la ermita; después de los placeres de la corte, la austeridad de la montaña; el contraste, amigo mío; hacer siempre lo mismo me saca de mis casillas.

—¿Está muy lejos ese Santuario?

—A una hora de Borja.

—Iré á hacer á usted una visita.

—Y creo que lo pasará usted bien. Comeremos lo que se encuentre por allí; beberemos en la palma de la mano; meditaremos en el pico de una breña; respiraremos aire puro; en vez del timbre telegráfico, oiremos la esquila del rebaño; en vez del silbido de la locomotora, el silbido de la serpiente; andaremos mucho, nos haremos fuertes y nos dejaremos crecer el pelo y las uñas.

—Bueno; pero le advierto á usted que si voy á verle, sólo estaré un par de horas á su lado....

—¡Cobarde! No se atreve usted á ser hombre de bien ni siquiera una semana....

—.... ¿Qué es esto? ¡Ah! Ya hemos llegado.

—No olvide usted su promesa, y adiós, porque me voy en seguida.

Iré, amigo mío, iré á buscar al cenobita de quince días.

—Mayor, ¿podré subir al Santuario ahora mismo?

—Sí, señor; voy á prepararle á Ud. una caballería.

—Pero busca quien me acompañe.

—Colaso irá con Ud.

—¿Es bueno el camino?

—Infernal. Apenas se puede dar un paso; pero estas caballerías lo conocen muy bien.

—Pues anda, date prisa.

—Una advertencia, caballero. No se olvide Ud. de echar tres piedras en la *Cabeza del Diablo*.

—Y ¿qué es eso?

—Ya se lo contarán á Ud. Han de ser tres piedras, ni más ni menos.

RICARDO SEPÚLVEDA.

CITACIÓN

Cuando un muerto, en hombros, llevan á enterrar, me parece que con la cabeza llamándome va.

«Vete en paz», — le digo; —
«vete, y duermes en paz;»
«Que á esa cita, más tarde ó más pronto,
«nadie ha de faltar.»

FEDERICO BALART.

Información especial de GENTE VIEJA

(Sobre la cuestión social.)

III

Las leyes de la naturaleza se han hecho para todos; á nadie es lícito quebrantarlas, y toda infracción del código que rige al Universo, orígen ha

sido, es y será de dolor, fatal é inevitablemente. La injusticia engendra la violencia.

No podemos extendernos más sobre materia tan interesante, y sólo hemos apuntado los recuerdos anteriores, para que conste que entre las causas productoras de las huelgas, las primeras y más íntimas son las que emanan de nuestra naturaleza ó de las leyes naturales. Para concluir resumiremos lo dicho en los axiomas siguientes:

1.º El trabajo es obligatorio para el hombre, si quiere vivir, satisfacer cumplidamente las necesidades de su ser, ó poseer para gozar y descansar.

Este trabajo es á la vez corporal y espiritual—ó sea físico, intelectual y sentimental, confundíendose, como se confunden estas dos últimas clases de esfuerzos en el espíritu;—pero pueden variar al infinito las proporciones de sus elementos, según la composición necesaria para cada trabajo.

3.º Todo el que descuida ó pervierte su trabajo intelectual y sentimental, se verá condenado fatalmente á trabajar con su cuerpo.

4.º El más inteligente, el de sentimientos más enérgicos y más nobles, podrá emanciparse del trabajo físico—que le será siempre repulsivo,—haciendo que por él trabajen los animales inferiores y las fuerzas naturales aplicadas en las máquinas.

5.º Cuando los caracteres enérgicos no consigan librarse del trabajo corporal por estos medios, lo intentarán dominando á sus semejantes, y entonces éstos tienen el derecho de defensa. De aquí la lucha eterna de la vida.

6.º Esta lucha tiene que seguir la marcha de la civilización y ser en consecuencia sanguinaria ó astuta, pacífica ó violenta, justa ó injusta, según se respeten más ó menos las ordenanzas inflexibles que rigen al Cosmos y nos rigen.

CAUSAS HISTÓRICAS.—Apenas vislumbraron los más astutos y fuertes algunas de las verdades que acabamos de enumerar, comprendieron fácilmente que en el orden de este mundo podían unos ejecutar los trabajos físicos—repulsivos á la generalidad,—y otros pensar y dirigir para recoger el fruto. Vieron que era condición precisa comprar los goces con trabajo, pero que no era precisa condición que quien recogía y disfrutaba el goce fuese precisamente quien trabajara para lograrle. Uno podía trabajar y otro gozar. Entonces los fuertes se impusieron á los débiles y les dijeron con feroz franqueza: «Vosotros trabajaréis y nosotros gozaremos.» Y nació la esclavitud, y con ella la primera división del trabajo que, sin duda por ser primera y violenta, puede decirse que le dividió tan completamente en trabajo corporal y en trabajo espiritual, que las reminiscencias de aquella, por entonces necesaria división, han llegado hasta nosotros. Tan profundamente separó á los trabajadores, que primero les hizo de distinta naturaleza, luego con diferentes derechos y hoy—invirtiéndose el error—niegan los de abajo á los de arriba la condición y las prerrogativas del último de los obreros. ¡Como si todos ellos no lo fuesen! ¡Cuántos errores! ¡Plegue al cielo que desaparezcan pronto, y que nosotros contribuyamos á ello!

Con el trascurso del tiempo, y gracias á la evolución habida en la composición del trabajo, según acabamos de explicar, los esclavos participaron poco á poco de los descubrimientos de sus señores, ó extendieron sus conquistas sobre la naturaleza exterior y sobre sí mismos. Mayores grados de libertad fueron posibles sucesivamente, viniendo en pos de la esclavitud la época de la servidumbre; tras la servidumbre el régimen del privilegio, y finalmente, y á continuación, el sistema industrial, que es la organización de nuestros días.

La historia, pues, nos enseña lo mismo que la observación nos dice; esto es, que así como la inteligencia del hombre halla medios para someter á los brutos y descargar sobre ellos la mayor parte de los esfuerzos musculares que de otro modo habría de poner él, así también el hombre más inteligente ó más astuto ha logrado siempre echar sobre el débil—de espíritu ó de cuerpo—las faenas más rudas y penosas; que á medida que la inteligencia se iba haciendo patrimonio de mayor número de hombres, y á medida que las conquistas sobre la naturaleza exterior proporcionaban á la sociedad un aumento de fuerzas para ejecutar el trabajo físico, se aliviaba de él un número cada vez mayor de trabajadores, las instituciones sociales

tomaban un carácter más humanitario, desarrollándose en ellas un poco á poco los gérmenes del derecho y de la libertad, ó haciendo posibles en la práctica estos dos ideales supremos.

También nos dice la historia que el hombre en toda época ha sido el mismo; que siempre pugnó por hacer eternas sus instituciones; que en todo tiempo sintió análoga propensión; que sólo á impulsos de sus conquistas sobre lo exterior y lo interior fueron sustituyendo la verdad al error, los sentimientos justos y elevados á las pasiones aviesas; y en fin, que únicamente con el trascurso de siglos podrá modificarse y ceder ese prurito de permanencia que procuramos tengan, así nuestras ideas como nuestras obras. De aquí, que en todo período histórico conserve el comun de los hombres algo y á un mucho de los anteriores; de aquí, que se enlacen sin cesar las ideas viejas con las nuevas, que subsista lo tradicional al lado de lo reciente. Tres cuartos de siglo hará que desaparecieron en las leyes los restos del sistema de los privilegios, y sin embargo, si han desaparecido de las constituciones escritas—y eso no en todos los países,—aún subsisten en las costumbres aquellas tendencias, aquellos intereses y aquellos errores que fomentaron durante tanto y tanto tiempo los gremios y las cofradías. Laten en el seno de la sociedad las preocupaciones sostenidas por el egoísmo al lado de disposiciones autocráticas, y los dueños directores de las fábricas nos recuerdan á menudo á los maestros y cabezas de los cuerpos gremiales; porque la ignorancia y el egoísmo, por más que se disfracen con diferentes propósitos, siempre producirán parecidas manifestaciones.

Del propio modo, los antiguos gremios también conservaban en su constitución interna infitas reminiscencias de los tiempos en que el siervo iba adherido á la cosa ó á la obra; del propio modo, durante la existencia de la servidumbre, podíanse descubrir en las relaciones entre siervos y señores, trazas de la época ominosa en que el esclavo no era un hombre.

¿Qué deducción debemos sacar de estos hechos innegables? Una muy sencilla: que así como el elemento físico del trabajo ha disminuído lentamente para el hombre, en virtud de una sucesión infinita de conquistas sobre la materia, así el elemento espiritual, en su desarrollo igualmente lento, ha sufrido una serie interminable de evoluciones, á consecuencia de las cuales, si la inteligencia modificaba sin cesar sus conceptos del mundo y de las leyes que le rigen, el sentimiento, subyugado por la creciente luz de la verdad, modificábase también y aun si cabe, más profundamente. El hombre—verdadera y única ave fénix—renace á cada generación de sus cenizas con la misma aparente igualdad, con infinita variedad en el fondo; y si la atmósfera en que nace, vive y crece, le transfigura en parte por su continua é irresistible acción, apenas se estacionan ó retroceden las corrientes, cuando el fuerte vuelve á encariñarse con aquel pasado que le sonríe como un bien perdido. Por esto los ricos de todos tiempos ceden con dificultad la menor de las ventajas de que gozan; por esto los pobres y desvalidos sólo han podido ir conquistando su asiento en el festín de la vida con el auxilio de la fuerza. ¡Cuánta sangre no costó el paso de la esclavitud á la servidumbre, de la servidumbre á los privilegios y los gremios! ¡Qué lucha tan cruenta presenciaron nuestros padres, cuando el pueblo francés quiso borrar los privilegios é instituir en su lugar el derecho moderno, inaugurando la era del régimen industrial! El egoísmo—mal entendido—cierra los ojos sin cesar ante las leyes más evidentes. Quien se encuentra en posesión del poder, se niega á reconocer que aquellos que le obedecen—desde el momento en que se hacen más ilustrados y mejores, desde el instante en que toman parte activa y mayor participación en el trabajo intelectual y sentimental de cada obra—á mayor retribución son acreedores.

Fácil nos es deducir el resultado fatal de todo lo que antecede, y descubrir en las actuales instituciones libres otras causas históricas que concurren á producir y dar origen á las huelgas. Comiéncese á sentir en nuestros tiempos la necesidad de reformar esos usos y costumbres que se han venido inoculando con el transcurso de los tiempos; comiéncese á vislumbrar la conveniencia de hacer más equitativas esas relaciones entre el capital

y el obrero, que son producto de una serie no interrumpida de evoluciones y adelantos, pero cuya reforma dificultan reminiscencias sin razón de ser. Por una parte el capital ha conseguido una seguridad y un respeto hasta hoy desconocidos; no corre ya los riesgos de épocas en que el derecho no imperaba como ahora, y las facilidades de todo género con que le brindan la conquista de las fuerzas naturales—patrimonio de toda la humanidad, así que cesan de tener su propietario en un inventor *vivo*,—dan á sus ganancias un tinte de monopolio, un carácter menos que antaño fundado en la justicia, menos invulnerable y legítimo. Por otra parte, el obrero en general no es ya una máquina, ni un ser que contribuya á la producción con poquísimos movimientos de su corazón é inteligencia. Goza de plena libertad para contribuir ó no, en la medida que le plazca, á la realización de cualquiera obra; nace y vive con la soberbia de su dignidad; tiene noción, aunque imperfecta todavía, de su derecho, y se siente agraviado y perjudicado en el repartimiento de los frutos del trabajo. Y así como en los días que pasaron tuvo necesidad de apelar á la fuerza para mejorar su suerte, así en los actuales, en que sabe que la fuerza va perdiendo su eficacia, y que el derecho, para prevalecer, exige de los agraviados unión de miras, asociación de intereses, principia á renunciar á los procedimientos de fuerza—con los cuales, sin embargo, suele amenazar,—y la lucha, que late como de antiguo, se manifiesta en las huelgas.

Esos movimientos de resistencia de la población obrera son hoy posibles, y comienzan á ser fructuosos, gracias á las libertades políticas y á la cultura, nacidas del progreso histórico. Ya no estamos en los tiempos en que un Felipe II contestaba con la horca á las reclamaciones de los obreros del Escorial; ya no se necesitan años, ni se requieren desembolsos imposibles, para que los operarios del viejo y del nuevo mundo se entiendan y asocien, y obren de común acuerdo. La libertad de la palabra y de la prensa, el sagrado y baratura de la correspondencia, la facilidad y rapidez en las comunicaciones, junto con el conocimiento más cabal, aunque todavía nebuloso, de los derechos de cada uno, son otros tantos elementos históricos que imprimen carácter distinto y determinan las nuevas condiciones de la lucha eterna entre el que tiene y manda, y el que no tiene y obedece.

Tales son, en compendio y sucintamente relatadas, las causas históricas que han preparado el advenimiento de las huelgas.

MELITÓN MARTÍN.

Tarjetas postales.

Del fuego que un tiempo ardía
en mi amante corazón
brotó esta pavesa fría;
si hubiera sido ilusión,
¡qué desengaño sería!

Desde que no doy sombra.
ni flor, ni fruto,
todos mis pensamientos
visten de luto:
¡ay! ¡quién pudiera
revivir como el árbol
en primavera!

¿Qué es un nombre? una cifra en el vacío;
sé que los coleccionas; ahí va el mío.

MANUEL DEL PALACIO.

UN PASEO BUROCRÁTICO

“Una gran sala esterada de blanco, con felpudos en los balcones.... daba paso al despacho, guarnecido de estanterías con puertas de rejilla de alambre llenas de libros en pergamino; añádase á esto la mesa escritorio del poderoso Sr. Villela, sencilla, grande, fuerte y.... nada más, con una piel de cordero debajo para mantener el calor de los pies, y un sillón de brazos, y se tendrá la descripción exacta de la oficina del primer magistrado de España é Indias.”

Así describe *de visu* D. Dionisio Chaulié el aspecto de una oficina, y de las principales por lo visto, en 1823. Lo que no describe es el modo de ser de aquellos herederos de los antiguos covachuelistas, para que pudiéramos comparar ahora el lujo moderno con la sencillez antigua, al mismo tiempo que los modales burocráticos de aquella época, con las autócratas manifestaciones del moderno.... *funcionario*. Lamentábame yo delante de un querido amigo de tener que ir á una de estas oficinas, en calidad de público, por supuesto:

—¡He ahí una cosa,—exclamó,—de que estoy libre; porque no tengo fincas, ni destino, ni contribuciones que pagar!

¡Pues declaro que este mi amigo no sabe lo que es bueno si no tiene que *luchar* (*passez moi le mot*) con oficinas del Estado!

Ante todo, en ellas el público, que después de todo es el verdadero conde, se encuentra relegado á un inmundo pasillo, sin bancos para sentarse, y teniendo como única distracción, mientras espera que le hagan caso, contemplar por estrecha ventanilla, puesta como resguardo de los poderosos señores que detrás de ella aparecen, el lujo de aquella instalación, las cómodas butacas, la coruscante estufa, los innúmeros hilos de teléfonos y campanillas queredean, para que no tengan que molestar, á aquellos venturosos empleados. Demos por supuesto que el portero, sin levantarse de su mesa, le ha indicado al infeliz contribuyente la puerta que tímidamente y sombrero en mano se ha atrevido á pedir que se le enseñe; entra en el lujoso despacho, ve diferentes mesas, y como no sabe, porque nada lo indica, cuál es el empleado á quien debe suplicar que se digne recibir la instancia ó darle los informes que pretende, se queda en medio de la habitación sin saber qué hacer. Al fin, si se decide por dirigirse al funcionario más próximo, ya puede antes pedir á Dios que atine con el que debe recibirle; que si se equivoca, sin mirarle siquiera se le responderá secamente: “Eso no es aquí”. Y ya pueden ustedes echarse á discurrir *dónde será*; porque si algún infeliz poco versado en oficinas se atreve á preguntarlo, se le enviará nuevamente á los porteros, con un: “Aquí no estamos para eso”; porque un oficial tercero de la clase de quintos no puede descender á tan humildes funciones. Ó bien haciendo uno la salvedad de que sólo desea una indicación de cuándo se pagará tal cosa, aunque sabe que aun no ha llegado, se le responderá como á mí:

—Pues si sabe usted que no ha llegado, ¿á qué viene á molestar?

Ó les pasará á ustedes lo que me acaba de suceder á mí, y por eso envidio al citado amigo que no tiene que entenderse con oficinas: incoar un expediente en regla, esperar dos años la resolución, y después de unos treinta viajes en ese tiempo, en la forma que acabo de contar, por aquellas oficinas.... manifestarle á uno, como la cosa más natural del mundo, que.... se ha extrañado el expediente, y que si insiste en la reclamación debe hacerse uno nuevo! Y como al cabo de otros dos años, y gracias al turno pacífico de los partidos, no quedan en ninguna oficina ni los porteros, que es lo que me ha sucedido ahora, no hay medio ni de saber lo que ha sido del expediente.

Hay otras oficinas más francamente autoritarias. De una recuerdo en que se lee en la puerta: “Prohibida en absoluto la entrada al público; el despacho se efectúa exclusivamente por las ventanillas.” Y se encuentran ustedes con una serie de ellas, cerradas, por más señas, y sin letreros (más de un lector conocerá el caso) detrás de las cuales oyen ustedes el agradable murmullo de una conversación sobre.... *Electra* ó sobre la cogida del Bomba grande ó chico, según la época, y no sabe uno qué hacer. Si se llama á uno de aquellos toros de monjas, se expone el atrevido público á que no se le conteste, ó cuando más se le dé un ventanazo—si es que se dice así,—con el consabido: “Eso no es aquí.” Y vuelta á empezar la peregrinación ventanera hasta topar con lo que es.

¡Pues no digo nada cuando les coge á ustedes en una oficina la hora del almuerzo! no del almuerzo que tienen preparado en su casa, entre la rabieta de los chiquitines, la desesperación del ama, de la cocinera y la del mismo contribuyente estómago; sino el almuerzo del funcionario ese que debía, después de tanto calvario, despachar lo que ustedes

humildemente esperan. Siempre de pie y apoyados en el dintel del torno administrativo, verán ustedes, con el hambre y gusto que es de suponer, llegar á la mesa del afortunado funcionario, cosa que el público no puede hacer, á la robusta alcazarreña con la indispensable cesta al brazo izquierdo, las cilíndricas tarteritas en el otro, é ir sacando el panecillo, la botellita de vino, y la tortilla y la salchicha de rigor; verán ustedes, repito, nuevos Tantos, con el hambre y gusto que es de suponer, cómo el feliz funcionario hace lo que ustedes no pueden hacer hasta que á él le parezca; y cuando creen terminado su suplicio con el último bocadito de queso manchego, verán que, á deshora, entra el mozo del Brillante ó del Universal, con los *cafeses* de la sección. Verdad es que hay funcionarios tan atentos con el público, y con gusto lo consigó, que no esperan á consumir por entero el aromático licor amado de Voltaire, sino que chupándose el bigote con las penúltimas gotas grises del líquido, alargan la mano por la ventanilla para decir, con la característica cortesía española: “Venga” ó bien sencillamente: “El que sigue”, aunque muchas veces he pensado que debían decir: “El que seguía”, ¡ay! porque después del tiempo transcurrido, ya es bien imperfecto.... el tiempo del verbo... y el servicio.

Y luego critican algunos aquella patriarcal costumbre de *tomar las once por cuenta del Rey*, como se hacía según el mismo Sr. Chulié, testigo presencial y participante del real obsequio en las *reales oficinas* en 1823. ¡No era muy espléndido el obsequio del monarca, pero como era general suponía un enorme gasto. Se reducía á dar á cada funcionario chico ó grande, y á las once en punto, medio panecillo y medio vasito de Yepes ó de Arganda. ¡La frugalidad de aquellos tiempos no conocía ni el Chateau Iquen, ni la Veuve Cliquot! Y se dió el caso de empleado tan timorato como olvidadizo, que cuando se disponía á consumir el real presente no recordaba que era día de ayuno, y si algún compañero tenía la mala intención de decírselo dejaba intacto el regio pisolabis.

Pero volviendo á los tiempos del almuerzo con trufas y foie-gras: ¿dónde me dejan ustedes la delicia del contribuyente que saliendo de su casa de la cuesta de San Vicente ó de la propia Rue de la Pompe (Bombilla que decimos por acá), y teniendo que evacuar una diligencia oficinesca en la puerta de Atocha ó en la Platería de Martínez, que no es platería ni de Martínez, casi convencido de que no es domingo ni fiesta, ni santo de reina ó infante, y después de ese viajecito, porque no todos los españoles tenemos automóvil, y de la peregrinación ventanera, topa al fin con el empleado que, entre sorbo y sorbo de café, le dice muy serio: “Sí, señor, aquí es; pero los martes, de once á dos.” Y el que salió de su casa para sólo eso, se encuentra con una festividad no esperada para su asunto? Y esto se lleva con el mayor rigor; á mí me ha sucedido oír esa fatídica frase, y al objetar que era el día señalado, sacar el funcionario su *Walhtam* ó su *Omega* que señalaba las dos y dos minutos; si bien al salir por la puerta del ministerio tuve el gusto de oír las dos.... en la mismísima esfera de la Puerta del Sol, ¡y hasta otro martes, y sin más recurso que pedir daños y perjuicios.... al relojero del exactísimo funcionario!

Tampoco hace mucho que, teniendo necesidad de ver á cierto subsecretario, me dijo el portero que al público sólo recibía de doce á dos; y como yo no he sido nunca más que *público*, allá me fui muy satisfecho al siguiente día y á la una en punto de la tarde. Poca gente vi en las oficinas, y no me extrañó en el antiguo sistema; pero cuando hice mi petición al portero, fundado en su misma indicación, puso una cara de asombro como si hubiese visto un fenómeno:

—¿Que yo he dicho eso?

—Sí, señor; repuse humildemente, ayer mismo.

—¡Ah! ¿Era usted? ¡Claro, pero le dije á usted de doce á dos.... de la madrugada!

—Con efecto, es el modo de que el público no incomode á S. E., murmuré muy bajito, y me fui á comer, pensando en lo delicioso que es ser público, y lo triste que es ser funcionario público.... con derechos pasivos y sin miedo á ministros bancófobos ni á pérdida de colonias!

FELIX DIAZ GALLO.



En el Escorial.

EL MONASTERIO

Allí está, como inmenso monolito tendido al pie de la empinada sierra, la octava maravilla de la tierra que parece un gigante de granito.

Templo que desafía el infinito, cuya imponente majestad aterra, y en su recinto el panteón encierra de Reyes y de Príncipes ahíto.

Si un hombre que no tuvo quien le mande, le alzó para dormir su eterno sueño, aun cuando el tiempo su memoria agrande

y aunque del mundo fué señor y dueño, para tumba de un hombre es harto grande; para albergar á Dios es muy pequeño.

SANTIAGO IGLESIAS.

EN EL CAFÉ

Nadie ignora cómo en Madrid hay millares de individuos que distraen unos la plétora, y el hambre otros, arreglando el país á su manera.

A creerlos, todas nuestras desdichas consisten en la pésima elección que se hace de quienes se dedican á dirigirnos.

¡Si los llamasen á ellos! Uno metería en cintura á todas las soberbias naciones que nos insultan, con sólo dos batallones de cazadores *bien dirigidos*. Ahí están las Termópilas demostrando cuánto puede hacer un puñado de hombres; y, á mayor abundamiento, Hernán Cortés no nos dejará mentir; siempre, por supuesto, que la dirección sea heroica é inteligente, como lo sería la del preopinante.

Otro abriría mercados á la producción nacional como quien abre ostras, siempre que el Ministerio de Agricultura, Industria y Comercio consiguiera que hubiese producción.

Otro se considera capaz de producir hasta sardinas artificiales si le proporcionan mercados para venderlas.

Otro resolvería de plano las cuestiones entre patronos y braceros acabando con unos ó con otros.

Hay quien improvisaría una Marina superior si le diesen marinos, ó marinos incomparables si le diesen Marina superior.

¡Caminos secundarios! ¡Valiente bicoca! Esos se hacen con un Decreto.

¡Pantanos! En cuanto haya regantes que los quieran, surgirán como por encanto.

¡Canales! ¿Qué es un canal? Una zanja larga, ni más ni menos; como monte es una montaña grande y montaña un monte pequeño. Eso lo hace cualquiera.

¡La cuestión fiduciaria! Eso no tiene importancia; con retirar todo el oro y toda la plata y dejar el campo libre á los billetes, verán ustedes cómo todo el mundo pide que se aumenten las emisiones.

¡Los cambios! Con no cambiar está todo resuelto; comamos, bebamos y vistamos lo que el país produce, y se acabó el problema.

¡Las clases pasivas! Cambiemos sus pensiones por fincas embargadas á los contribuyentes morosos, lo cual equivale á dar renta perpetua en vez de renta vitalicia, y verán ustedes cómo aumentan los matrimonios y ó cómo el Tesoro cobra por esa riqueza que hoy en nada contribuye.

¡La cuestión social! ¡Si no hay tal cuestión social! Declárense bienes mostrencos todos los depósitos ignorados, y todos los terrenos incultos repártanse entre los obreros, y ¡Jauja!

Etcétera, etcétera.

Que los llameu, que los llamen á ellos al poder, y ya se verá si en España vuelve ó no á lucir el sol perpetuamente.

Todo esto y más se dice mientras se toma ó se desea tomar al aromático café, que á veces no es café ni aromático; y digo *se desea*, porque bastantes de esos genios ignorados que en derredor de una mesa se congregan no han conseguido nunca, con todos sus talentos, convertir el deseo en realidad.

Sucede, á lo mejor, que, por efectos de la casualidad, uno de los contertulios mete la cabeza en alguna oficina del Estado y llega á Director general, y da claras muestras de su iniciativa aplicando los preceptos de la propiedad literaria á los frontones, ó disponiendo que uno digiera lo que ingirió otro, ó preguntando á una Sociedad económica de Amigos del País en qué época se siembra la seda.

Y estas tres citas corresponden á tres hechos históricos. Conste.

DANIEL BALACIART.

¿SE ACABARÁ EL JUEGO?

¡Oh, lector!.... si por acaso este escrito mio lo tuviere: no creas que al tratar del juego vaya por arte de birli birloque á «poner sobre el tapete» la sana y hasta hoy nada eficaz lamentación de las personas juiciosas contra el muy humano vicio de perder el dinero, la tranquilidad y la salud, en disfrute *recreativo* de procurar con ansia la ruina y la desesperación del prójimo.

No: no haré tal.

Ya los moralistas, los filósofos, los legisladores.... y aun algunos gobernadores civiles (de esos que sin mover por ello á envidia el ánimo de las naciones extranjeras, tenemos los españoles la suerte de disfrutar hasta el hartazgo), han dicho del juego cuantos improprios han creído necesarios; y «con todo y con eso», el vituperable vicio que solía desoir esas consideraciones ocultándose en garitos míseros, las escucha ahora sonriente y rodeado de lujoso brillo en riquísimos salones de Clubs, de Círculos y de Casinos; pero siempre repitiendo: «¡paciencia y *barajar!*» Conque.... ¡échenle ustedes guindas y ayúdenme ustedes á sentir!

No: no irán mis palabras á sonar donde se juega, para que se inquieten quienes allí acuden. Bastante les molesta, si bien de tarde en tarde y previo el consabido y oportuno *presentimiento*, el sonido del timbre con que los porteros ó conserjes avisan que «hay moros en la costa», ó agentes policíacos en la puerta....

Meterme yo ahora á repetir lo que muchos observadores han dicho ó han escrito, es á saber, que no pocas persocas cometen faltas garrafales contra la buena educación, manifestando irritante alegría cuando ganan ó mostrando grosero enojo cuando pierden, sería dar á entender que es cosa nueva, y que sólo incurren en tal olvido de su propio decoro gentes de poco fuste. ¡Bah, bah! ¿Pues acaso no se portaba en el juego como si fuese un gañán el famoso Rey de Francia Enrique IV, «*àpre au gain, timide dans les grands coups, et de mauvaise humeur dans la perte*», como afirma un escritor devoto de aquel monarca? Y otro señorón, Mauricio de Nassau, Príncipe de Orange, como en sus Memorias atestigua Dumaurier, hacía lo mismo y aun peor; pues «*était furieux sement piqué quand il perdait*». Solía jugar todas las noches con un capitán bearnés, que acudía á la morada del Príncipe. Si éste ganaba, se ponía muy contento y obsequioso, acompañando al capitán hasta el pie de la escalera y dándole pajes que alumbraran y escoltaran al noble bearnés hasta su domicilio; pero si el Príncipe perdía, se encolerizaba, y sin decir al capitán «que pase usted bien la noche», le despedía tan sólo con un rudo ademán, y dejaba que se marchara tranquilamente sin acompañamiento ninguno y á oscuras.

Que muchas familias quedan arruinadas por haber en ellas algún individuo jugador; que la paz doméstica desaparece; que no pocos jugadores se desesperan hasta el extremo de cometer el cobardísimo y estúpido crimen de suicidarse; cierto es todo; mas ¿para hablar de esos males, que son muy antiguos, he de escribir hoy aquí?

No, en verdad; ni siquiera los mencionaré.

Mas no mentando nada de lo ya dicho, ¿qué podré ahora escribir que al vicio del juego se refiera?...

Sólo una cosa me ocurre: afirmar que no he jugado, ni juego, ni jugaré nunca, si antes cuatro ó seis personas millonarias, por medio de escritura pública, formalizada ante Notario con todos los requisitos de la ley, no me garantizan que en beneficio únicamente mio *perderán* los millones de pesetas de que sean dueños. Y no les pido con esto nada nuevo; pues tiempos atrás ya hubo quien afirmó que «*nihil novum sub sole*». Lo único que podrán asegurar es que les exijo que realicen una «obra de romanos»; pues romano fué el Emperador Augusto, el cual, jugando á los dados, perdía intencionadamente millares y más millares de sextercios, para enriquecer á sus contrarios; desinterés que «le honraba» decía él mismo en una carta á Tiberio, según Suetonio, su biógrafo, refiere.

Y sin ser Emperador, ni romano, ni llamarse Augusto, ahí estuvo no lejos de nuestra Patria el Condestable de Francia Mr. de Montmorency, quien, jugando una no-

che, regaló todas sus ganancias á un mirón, el cual ya tuvo luego que mirar y remirar y admirar el brillo y el mérito intrínseco de los miles y miles de *pistolas* que constituían el regalo hecho por el Condestable.

Lo malo es que los tiempos cambian, y hoy por hoy, quien asista al juego, aunque sea en una «Academia de billar», en vez de sacar de allí, regalada, gran porción de millares de sextercios, ó lo que en billetes del Banco de España sea igual, corre peligro de que á él le saquen del cuerpo *seis tercias*, ó la medida que tuviere, de hígado más ó menos corrupto. Y en vez de «enloquecer de contento», al tomar regalados muchos miles de antiguas transpirenaicas *pistolas*, ó lo que en francos á tales monedas equivalga, se expone á «perder el seso», al recibir uno ó más pistoletazos, más ó menos sonoramente imitados con la maquinilla denominada revólver.

Hasta puede suceder que sin asistir al juego, ni en clase de *punto* ni en categoría de *mirón*, con sólo pasar cerca de donde se juega, se dé ocasión á que se revele al mundo algún plagiaro de Calígula. Sabido es que el memorable Emperador romano, además de otras muchas perversidades, tenía la de ser jugador fullero: tanto, que las personas que jugaban con él perdían sin remisión en todas las ocasiones; y las que con él no jugaban, también perdían cuando menos se lo esperaban. Prueba de ello, que un día, preparados ya los bártulos para que jugara el Emperador, tuvo éste la ocurrencia de mirar por la ventana á la calle, y viendo que pasaban dos patricios riquísimos, mandó inmediatamente, confiscar todas sus riquezas de ellos en beneficio de la Hacienda caligulina, digámoslo así finamente, y para evitarles el disgusto de tener después que vivir pobres, degollarlos desde luego, como se hizo. Tras de lo cual, el grandísimo bárbaro, aunque Emperador, dijo: «Basta hoy ya de juego, pues me contento con lo que he ganado en este envite».

Y pasó á otra habitación á celebrar con un cínico festín la *ganancia* conseguida.

Huyamos, pues, de acercarnos á donde haya juego, mientras el vicio de jugar no haya desaparecido de este mundo, si que desaparezca llega en algún tiempo á ser posible, porque.... Voy ahora á decir por qué.

Frente á mi domicilio, en la ciudad de Torrelavega, hace ya de esto muchos años, había una tienda de vinos y licores. Allí, en la primera hora de una lluviosa y fría mañana de invierno, entró una mujer aldeana, y dijo al encargado del despacho:

—Vengo calaita, calaita, hijo; y con la friura que hace.... ¡que mira, tú, que la mañana está fría de verdad! Conque anda, mozuco, anda aprisita y dame una ración de ese *alicuenta* (aguardiente) que beben los hombrones y dicen que temporiza la sangre y el estómago.

Y luego que de un solo trago bebió el decilitro de aguardiente que la dió el muchacho, se limpió, y haciendo extravagantes gestos, siguió la buena mujer hablando así:

—¡Ajij, qué licor tan condenaol!... ¡Ajij, si parece que me ha caído una paletá é rescoldo en el gatzate!... ¡Ajij, no sé cómo hay en el mundo quien beha estos venenos!... ¡Ajij, anda queriduco, y por la saltá de tu madre, si la tienes, ¡ajij!... dame otra ración, á ver si con ella quito este mal gustó que el trago de antes me ha puesto en el paladar!....

Parecido será el razonamiento que haga todo jugador.

—¡Uf, la contraria! ¡qué suerte pera la mía!... ¡Barájules! ¡no sé cómo en el mundo hay quien juegue!... ¡Maldito sea el juego! Lo que es yo, ¡recóncholes! juro que ya nunca jamás!... ¡Ea, barájules! ahí van á la sota mil pesetas, á ver si me resarzo de las quinientas que perdí apuntando al siete!

Pueden, por esto, mis lectores esperar sentados á que haya un jugador que se corrija y que definitivamente deje el vicio. ¿A que no le hay?

ILDEFONSO LLORENTE FERNÁNDEZ.

MADRID.—Imprenta del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús.
Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.198.